



EL OBRERO DE LA TIERRA

Redacción y Administración: Plamonte, 2 (Casa del Pueblo). Tel. 41665

ORGANO SEMANAL DE LA FEDERACION ESPAÑOLA DE TRABAJADORES DE LA TIERRA

SOCIEDADES AMARILLAS

Burlando la vigente ley de Asociaciones profesionales, se han creado en el campo bastantes organizaciones amarillas. Son éstas las constituidas por patronos y obreros, es decir, las llamadas mixtas. Los propulsores de esta doctrina fueron, en primer término, los católicos. Hubo un tiempo en que los curas se dedicaron a propagar en sus respectivas localidades esta táctica. Lo hicieron ofreciendo a los trabajadores grandes beneficios. Los propietarios, según ellos, se mostrarían en lo sucesivo generosos; les darían jornal todo el año; les atenderían en sus necesidades; dejarían de perseguirlos.

Todos estos ofrecimientos surtieron algún efecto en determinados trabajadores; pero pronto pudieron convencerse de que nada de lo prometido se cumplía: los propietarios seguían tan cerrados como antes de bolsa y de liberalismo, y los obreros que dieron crédito a las promesas de los curas volvieron sobre sus pasos e ingresaron de nuevo en sus respectivas Sociedades al lado de sus hermanos de explotación. Es decir, donde deben estar permanentemente.

Ahora, con motivo del gran desarrollo que adquiere en el campo la organización sindical, para contrarrestarle, vuelven curas, patronos y caciques a defender esta misma táctica, ya ensayada y fracasada. No nos sorprende este procedimiento. Los propietarios del suelo son como los patronos industriales. Estos no ejercen sobre los obreros que trabajan en sus fábricas o talleres presión política de ninguna clase. Les tratan como trabajadores, y nadie se entromete en cómo piensan ni les interesa saber cómo votan en día de elecciones.

En el campo no se ha logrado aún esta independencia, no obstante llevar veinte meses de régimen republicano. Separar al grande y, aun en determinados casos, al mediano terrateniente del cacique, hasta ahora no ha sido posible. Son muchos los propietarios que siguen creyendo que su poder no se limita a las cuestiones de trabajo, sino que, por facilitar éste, tienen derecho al esfuerzo inteligente de los obreros y, además, a su voto y a su manera de pensar. Esta clase de patronos dominadores son los que prestan calor a las Sociedades amarillas que se han creado en los pueblos en estos últimos tiempos. Su fracaso está descontado. Ahora, como anteriormente, servirán para confundir un poco a los trabajadores; pero en seguida vendrá el desengaño, y los que caigan incautamente en esos orbes ganarán volverán de nuevo con sus hermanos de explotación, con los que luchan por el bien de ellos frente a los ricos. Ahí tienen todos su puesto y no al lado de quien les hace trabajar mucho y les paga muy poco.

En las Sociedades obreras, según la ley, pueden estar, además de los obreros, los pequeños propietarios y arrendatarios que cultiven directamente sus

tierras si, esto no obstante, pueden trabajar por cuenta ajena durante cien días en el año. En las patronales no pueden figurar obreros. La ley lo prohíbe cuando dice en su artículo 3.º lo siguiente: «Solamente podrán ingresar en las Asociaciones profesionales patronales quienes hayan alcanzado la capacidad legal para ejercer el comercio y paguen la contribución correspondiente al ejercicio de las profesiones, industrias o ramas de éstas cuyos intereses patronales se proponga defender la Asociación».

Si se trata de Asociaciones de patronos agricultores, podrán formar parte de ellas los propietarios de tierras que paguen más de cincuenta pesetas anuales de contribución rústica y labren por su cuenta.

El precepto está bien claro. A las Sociedades creadas por los patronos no pueden legalmente pertenecer los obreros. Esto es terminante. Los propietarios que paguen más de cincuenta pesetas anuales de contribución rústica podrán, si quieren, hacerlo; pero no es obligado. Es-

tos mismos propietarios, aunque paguen más de esa cantidad, si pueden trabajar por cuenta ajena, como ya se ha dicho, durante cien días en el año, se les reputa como obreros. Aunque lo repetamos, diremos que pueden formar parte de nuestras Sociedades.

Si, como tenemos dicho, la tierra es un instrumento de trabajo, quienes laboran en ella para crear riqueza son trabajadores como nosotros, con la diferencia de que ellos cultivan por cuenta propia y obtienen como remuneración a su esfuerzo el rendimiento del suelo, mientras los asalariados no pueden conseguir más que un jornal, generalmente pobre.

No son enemigas entre sí estas tres clases de productores, que son: obreros asalariados durante todo el año por cuenta ajena; obreros que cultivan sus pequeños fundos y les queda tiempo para trabajar fuera de lo suyo cien días en el año, y arrendatarios que, además de trabajar las tierras arrendadas, pueden asimismo recibir por su trabajo cien jornales anuales. Todos éstos de-

ben integrar las organizaciones obreras de agricultores. En ninguna otra parte han de encontrar mayor apoyo a sus legítimas reivindicaciones.

Los grandes propietarios del suelo, con quienes se alían los curas, son enemigos de los pequeños cultivadores directos, porque tienen intereses encontrados. Los primeros son, al par que terratenientes, acaparadores, y en algunos casos, usureros; se enriquecen con el esfuerzo de los humildes y ejercen su cacato dominando políticamente a los pueblos. Contra estos abusos encaminan nuestras Sociedades su acción. A ellas deben acudir quienes sean víctimas de semejantes maquinaciones.

No caben legalmente en las Sociedades obreras profesionales de agricultores otras personas; pero conviene que nos fijemos en quienes poseen tierras cuyo cultivo les ocupa todo el año. Son millares los hombres de nuestro país que, sin depender de un jornal, tienen, no obstante, que trabajar todos los días para el sostenimiento de los suyos.

Hay también miles de arrendatarios que, después de cubrir gastos, suelen ganar al año menos de cinco o seis mil pesetas; quienes viven así opinamos que deben estar en relación constante con los obreros de la localidad, porque sus intereses no son antagónicos, no deben serlo. El enemigo de estos arrendatarios no es el trabajador, es la RENTA, es el dueño de la tierra, que se lleva, sin poner nada, la parte más substancial de la producción. Contra esto debemos ir todos. Nuestra Federación, en su II Congreso, ha legislado sobre dicha materia; sus acuerdos benefician de manera extraordinaria a los cultivadores directos del suelo, y por eso deben acudir a nuestro lado.

Con respecto a los propietarios que laborando sus tierras invierten todo el año, decimos que su enemigo no es tampoco el trabajador; son, generalmente, tres, a saber: el fisco, el acaparador y el usurero. Contra estas tres plagas lucha también nuestra Federación. Contra el fisco, porque a las cargas del Estado no debe contribuir quien vive

con penuria. Estimamos que sería justo asignarle una cuota, en comparación con sus ingresos, a quien tiene una renta pequeña, y lo mismo al mediano e igual al grande. Es decir, que se pague proporcionalmente. Esto es lo que la equidad reclama y lo que nosotros defendemos.

Para defenderse del usurero y del acaparador es necesario crear Cooperativas agrarias y que se instituya por el Estado un organismo de crédito que facilite dinero con un interés muy bajo a largo plazo. ¿Que esto perjudica al Banco Hipotecario? Es de lamentar que así suceda; pero el beneficio de todos así impone. Nuestra Federación lucha por conseguir todo esto.

Si esta clase media se quiere sumar a nuestro movimiento, sólo dos cosas se le han de exigir, y son éstas: primera, que cultiven directamente el suelo, es decir que le dediquen su trabajo personal, aunque tengan que utilizar en algunos casos mado de obra asalariada; segunda, que cuando esto ocurra, es decir, al ocupar obreros en sus trabajos, que acaten y cumplan los acuerdos que la Sociedad de trabajadores tenga tomados y que afecten a las condiciones de trabajo.

Hay que crear en el campo, al lado de las organizaciones de obreros, según dispone la ley de Asociaciones profesionales, otras de propietarios modestos, siempre y a condición esencial que trabajen sus tierras directamente, y también otras de arrendatarios, si reúnen las condiciones que antes se indican. Esta obra no es fácil llevarla a la práctica, costará trabajo y tiempo; pero se impone su realización.

Durante muchos años se ha pretendido presentar al Socialismo como enemigo del propietario, sin hacer la distinción ni señalar la diferencia que hay entre quien trabaja sus tierras y quien vive de las rentas que le producen. El primero, a nuestro lado, con los productores, con los que ganan el pan con su esfuerzo diario; el segundo, con los privilegiados, con los curas, con las derechas. Estos son la ramera, la opresión; los otros, al lado nuestro, serán el progreso, la libertad. En el campo socialista, en las organizaciones obreras de nuestra Federación y de la Unión General de Trabajadores, caben los productores de todas clases, los que rinden diariamente su labor para crear riqueza; no caben los parásitos, los que sostienen y quieren seguir sosteniendo las castas y la injusticia. Vayan éstos con los de enfrente, con los ricos, con los opulentos, con los obispos y los magnates.

Esta es la gran división que existe en el mundo en estos momentos.

Para dar forma a estas ideas se necesita crear en cada localidad el órgano que recoja en su seno a los productores. Librarlos de las Sociedades amarillas, creadas por los caciques, es en nosotros una obligación, y en cumplirla debemos poner nuestra ya probada buena voluntad. La cumpliremos.

Instituto de Reforma Agraria

El martes ha celebrado su reunión ordinaria el Instituto de Reforma Agraria.

Presidió el Sr. Vázquez Humasqué, restablecido de su enfermedad.

Asistió la representación obrera en su totalidad.

Se hicieron ligeras modificaciones al acta.

De los cuatro puntos que figuraban en el orden del día se despachó solamente el primero, denominado «Examen de la forma de aplicación del decreto de intensificación de cultivos del 1 de noviembre».

El Sr. Rodríguez Jurado, vocal representativo de los propietarios, manifestó que estas disposiciones perjudican a todos, y, sobre todo, al buen nombre del Instituto, afirmando que este problema colocaba al organismo en situación nada airosa. Estos decretos — dijo el representante propietario — significan el asentamiento de campesinos y son incompatibles con la ley de Reforma agraria.

Lo que no se atrevió a hacer la ley de Reforma agraria se ha hecho por los decretos de intensificación de cultivos, aplicando éstos a los terrenos comprendidos en la base 6.ª de la citada ley.

Mal, muy mal les ha parecido a los señores propietarios la asamblea celebrada en Badajoz, convocada por el Sr. Peña Novo, asamblea a la que asistieron los alcaldes de la provincia, y se demuestra por las palabras del Sr. Rodríguez Jurado, el que dijo: «Hemos recibido varias visitas de propietarios, que, todos alarmadísimos, se han lamentado de los acuerdos de esta asam-

blea.» Ignoramos los móviles de esta alarma, pues ni el orador los expuso.

Al final de su intervención propuso el consejero propietario: «Que el Instituto de Reforma Agraria se dirija al Gobierno de la República haciéndole saber que los decretos de intensificación de cultivo son contrarios a la ley de Reforma agraria.»

El representante del Banco Hipotecario — que forma parte del Instituto, no sabemos por qué razón, toda vez que en la base 3.ª de la ley de Reforma agraria no se dice que tendrá representación este Banco ni ninguno — propuso que de las fincas afectadas por el decreto de intensificación de cultivo se exija una certificación de las cargas que pesan sobre ellas.

El Sr. Vázquez Humasqué contestó cumplidamente al señor Rodríguez Jurado, al que dice que olvida la génesis de los decretos sobre intensificación.

Para el cultivo de secano la ley no afecta directamente. Se han dado estos decretos ante los justos clamores de los campesinos. No podemos olvidar ni un solo momento que el problema del campo en la actualidad es un problema fundamentalmente social.

Además — continúa el Sr. Vázquez Humasqué —, hay que declarar que no se cumple la ley de Laboreo forzoso. Hay infinidad de fincas mal cultivadas; por esto y otras razones hemos tendido a dar tierra a los campesinos que la necesitaban; por estar obligados a evitar incidentes y por entender que su situación es angustiosa: no pueden esperar más.

Terminó mostrándose en contra de la propuesta del Sr. Rodríguez Jurado.

En nombre de la representación obrera interviene el camarada Lucio Martínez.

En todos los organismos donde actuamos ponemos el máximo de interés, no ocultando en ningún momento nuestro criterio. Por eso creemos un deber, y lo hacemos gustosos, intervenir en este asunto de capital importancia para los agricultores españoles.

¿Puede el país continuar presenciando el espectáculo que daban los campesinos sin trabajo en casi todas las regiones españolas? Entendemos que no. No puede pensarse ni por un momento que el campo va a permanecer inculto. Crear esto sería equivocarse rotundamente.

Antes el obrero esperaba pacientemente que le dieran un jornal, moría de hambre lentamente. No está dispuesto a continuar así, y nos parece bien.

En virtud de la transformación que se opera en el campo, hay buen número de propietarios que procuran por todos los medios no dar jornales a los obreros, y esto lo hacen con preferencia a los obreros que pertenecen a las Sociedades afectas a la Unión General de Trabajadores. Esto no debe, no puede continuar. El obrero pide trabajo, y hay que dárselo porque es lo menos que puede pedir. Por eso, en los casos en que no puede aplicarse la ley tal y como ha sido aprobada, hay que procurar aplicar el espíritu de la misma.

Si la propiedad hubiera cumplido con lo que nosotros consideramos su deber, es decir, ha-

ciendo producir la tierra, ¿hubieran ocurrido casos de todos conocidos?

Se tiene un concepto equivocado de la propiedad — continuó el camarada Martínez —. El interés particular está en pugna con el social, y hay que atender a este último por razón de lógica, y la reforma agraria se hará; pero no entregando a los campesinos tierra solamente, que esto de poco sirve, sino que se les deben facilitar medios económicos para trabajarla; de lo contrario, la ley sería letra muerta.

Se lamentaban los señores consejeros propietarios de que las tierras que han de utilizarse para la intensificación de cultivos se abone a sus propietarios la renta con arreglo a la cantidad catastrada, y hay que tener en cuenta que no se pueden tener dos medidas: una para pagar y otra para cobrar.

Las rentas pactadas, en la mayoría de los casos, son triples a las catastradas, cosa fácil de comprobar por los expedientes de revisión; por lo tanto, creemos lo más lógico que, para poner en vigor el decreto de intensificación de cultivos, se abone a sus propietarios la cantidad declarada en el Catastro.

Demuestra a continuación que los decretos de intensificación no están en pugna con la ley de Reforma agraria. Lo que hay que procurar es que las leyes y disposiciones se den a tiempo; y si la Reforma agraria no se aprobó unos meses antes, no se puede culpar de ello ni al Gobierno ni a las Cortes, sino a los elementos que, por su actuación

(Continúa en la página siguiente.)

Instituto de Reforma Agraria

(Continuación de la página anterior.)

con enmiendas y votos particulares, hicieron interminable su discusión. Se aprobó la ley, y conocemos casos de propietarios de tierras que paralizaron los trabajos, y cuando los obreros se dirigían a ellos solicitando ocupación, se les decía que les diera trabajo la República.

Por lo dicho—terminó el compañero Lucio Martínez—, estamos en contra de la propuesta del Sr. Rodríguez Jurado.

Interviene el Sr. Oriol, representante propietario, que se manifiesta conforme en absoluto—¿cómo no!—con la propuesta del Sr. Rodríguez Jurado. Hace constar que los representantes propietarios no tratan de ir contra el Gobierno, sino de defender los «sagrados intereses» de los propietarios.

Se extendió en consideraciones para demostrar quiénes son los culpables del paro obrero, deduciendo que los propietarios no tienen parte en este asunto.

Después afirma con toda energía que se cumpla en su totalidad la ley de Laboreo forzoso.

El Sr. Quintero, representante del Crédito Agrícola e ingeniero que en nombre del Instituto ha recorrido las provincias de Badajoz y Cáceres, da lectura de una estadística de las fincas visitadas y de las extensiones reducidas que se utilizarán para la intensificación de cultivos, resumiendo que puede implantarse en 48 ó 50 pueblos, necesitando para ello una cantidad aproximada de «tres millones de pesetas».

El Sr. Folgado, representante de los arrendatarios, se muestra conforme y hace suyas las manifestaciones del compañero Lucio Martínez.

El compañero Zafra informa al Instituto de una finca en el término municipal de Almodóvar del Rey, abandonada por el arrendatario y propietario, y que se pretende arrendar nuevamente

por determinado señor, aunque la finca está comprendida en la base 5.ª de la Reforma agraria. Solicita se entregue para su cultivo colectivo.

El Sr. Vázquez Humasqué invita al representante propietario Sr. Rodríguez Jurado a retirar la propuesta.

Interviene este señor para decir que no defienden a los propietarios que no cumplen las leyes ni cultivan la tierra—¡hasta ahí podíamos llegar!—. Los propietarios vamos en auxilio de los menesterosos, como lo prueba el hecho de contarse por millares los ofrecimientos de cesión de tierra gratuita.

El Sr. Vázquez Humasqué: Nada de eso. Ofertas sí hay, ¡pero pagándoles las tierras!

Refiere el caso de un propietario que ofreció una finca de 800 fanegas a 14.000 pesetas fanega—¿Llamará a esto el señor Rodríguez Jurado auxilio a los menesterosos?—.

Insiste este señor en sus puntos de vista, y dice que no retiran la propuesta; pero como saben que están en minoría, pide que no se vote. Y nada más; pero después recuerda que se le olvida algo, y dice:

«Consta que no podemos consentir que se celebren reuniones como la de Badajoz, y que en ellas se tomen acuerdos.»

Interviene el Sr. Martín Alvarez para reafirmar lo dicho por su compañero de representación.

A continuación se desecha la propuesta presentada por los consejeros propietarios. Son las tres y cuarto de la tarde, y la sesión empezó a las once y media de la mañana.

En la información publicada de la sesión celebrada el día 22 del actual dijimos que el señor Quintero había votado en contra de la propuesta aprobada, habiéndolo hecho en pro. Queda aclarado el error.

sería vencido seguramente sin gran esfuerzo, creándose una conciencia revolucionaria entre la clase trabajadora que en un momento determinado pudiera servir para la total transformación de la misma.

No se puede vivir de fantasías cuando se tiene la responsabilidad de la actuación al frente de los Sindicatos, porque es un delito el engañar a los dirigidos de la facilidad con que se derriba un régimen; pero tampoco es decente basar sus propagandas en la injuria permanente contra unos hombres cuando se aspira a perfeccionar una sociedad, porque la base no han de ser los hombres, sino las ideas, y conviene que se vayan adelantando en los cerebros proletarios temas que tengan una base firme, doctrinas que impongan la sustitución de un Estado burgués por otro socialista. Propagar una sociedad humana sin una representación legítima encarnada en los elegidos por el pueblo es, sencillamente, servir sólo de asustanios, cosa que gozaba grandemente a la burguesía.

Conviene que los campesinos se vayan dando cuenta de que todo en la vida tiene una razón política. Su actuación en los Municipios dará al traste con las maquinaciones de los caciques, que, disponiendo de ellos, siguen disfrutando sus prebendas, aunque otra cosa digan los conductores del anarcosindicalismo, que todo lo fían a la mal llamada acción directa, que sólo sirve para perpetuar las ignominias de los poderosos, porque los resortes del Poder público están en sus manos.

La política, honradamente sentida, es beneficiosa para la clase trabajadora, porque enviando como representantes suyos a compañeros capaces que estudien los múltiples problemas y sus soluciones demuestran que el Socialismo como fuerza de gobierno no es un absurdo, sino que es una realidad que abriendo paso prepara el advenimiento de un régimen de justicia. Esto no pueden esgrimirlo los adversarios, porque aunque se llaman apolíticos no desdénan la intervención de los representantes burgueses que en pleno Parlamento hacen sonar su voz en su defensa.

El error es enorme, porque ahora que los Estatutos regionales dan una autonomía administrativa, es una vergüenza que en Cataluña, región industrial, la burguesía catalana triunfe sin que ningún representante obrero vaya a discutir sus problemas don-

de sería su voz autorizada la que controlara la vida de unas nuevas Cortes regionales que legislasen en beneficio de los intereses que representan, teniendo a sus espaldas una masa obrera capaz de sostener lo elaborado por sus representantes en el organismo regional.

Pero conviene que la clase trabajadora se dé cuenta de que sólo se quieren seguir las campañas infames contra los hombres porque no tienen base ideológica para discutir doctrinas; combaten el Socialismo por conservador y se asustan de la dictadura comunista; pero no ponen como modelo las bochornosas épocas catalanas donde campaba la ilegalidad por las calles y los obreros tenían que sufrir la tiranía anarquista porque se imponía a las conciencias, luchando abiertamente con aquellos que, siendo socialistas, se atrevían a discutir el empleo de sus cuotas.

Como el régimen obliga a actuar a la luz del día, se combate sin cuartel a los hombres; pero son las últimas andanzas de los que no quieren ver la realidad del país y precipitan a la organización en el caos para ser manejada en momentos decisivos, como el de Cataluña, por la burguesía, que legislará a su antojo, y cuando vea que estas organizaciones pretenden mermar algún privilegio esencial, acudirá a la fuerza para sostener aquello que el sindicalismo, predicando la abstención electoral, fué el principal culpable en su consolidamiento definitivo.

Más prácticos y evidentemente más revolucionarios nosotros, porque con la responsabilidad de nuestros actos, con programas definidos, a la luz del día en todo momento, decimos a la clase trabajadora que no tiene que desaprovechar emitir su voto cuando sea consultada, porque hace revolución tan intensa que el día que la opinión del país, en grado máximo, envíe una mayoría socialista a Ayuntamientos y Parlamento, entonces sí que habrá llegado la hora del Socialismo.

El sindicalismo, si pretende suicidarse, allá ellos con su responsabilidad, porque nosotros afirmamos constantemente que somos conservadores de la organización y que la emplearemos cuando tengamos probabilidades de conquistar el Poder público para desarrollar nuestras ideas en beneficio de la masa trabajadora.

CÁNDIDO PEDROSA

APOLITICISMO SUICIDA

«No soy político!», dice un proletario cuando quiere ser la extrema izquierda del radicalismo. «No soy político porque castra la esencia revolucionaria de las masas!» Y el hombre se marcha tan satisfecho, porque ha creído que haciendo tal afirmación revolucionó las conciencias de los que escuchaban, poniendo una sólida piedra en los cimientos del futuro Estado social.

El no ser político es negar la esencia del Estado. Pero, sin embargo, se aprovechan de las ventajas que este mismo régimen a quien combaten concede, sin pararse a discernir si fué una conquista proporcionada por aquel sector de opinión que en todo momento interpretó que una de las fases de la liberación económica de los trabajadores era la actuación de los mismos en la lucha política.

La actuación política de la clase trabajadora no es un fin, sino que es un medio que no ata a los explotados para la actuación sindical simultáneamente con todos los procedimientos que se estimen convenientes a fin de lograr las mayores ventajas en la vida y desenvolvimiento de las organizaciones. La consecución de fuertes núcleos de representantes obreros en los organismos oficiales y corporaciones es hacer menos cruel la lucha, preparar a los trabajadores para afirmar las leyes de carácter social arrancadas a la burguesía, creando una conciencia de clase capaz de sustituir al capitalismo con éxito en el instante definitivo de su derrota y hacer una preocupación constante entre los proletarios de sus problemas particulares enlazados con los generales del país.

Es fácil decir: «No soy político!», pero sostenerse como tal supone tanto como negar todo aquello que emana de los organismos del Estado donde las demás fuerzas obreras actúan; lanzar al suicidio colectivo a las organizaciones porque éstas, en su incultura, no vieron que la burguesía estaba dotada de todos los elementos para triunfar, y, ante la derrota, culpar a los demás de aquello que sólo fué consecuencia de una desastrosa concepción de las ideas que jamás se había de rectificar, porque suponía tanto como una complicidad con los elementos interesados en aniquilar a la masa trabajadora.

Fuó el anarcosindicalismo en España una fuerza respetable mientras vivió en la clandestinidad en que le sumió la monarquía, porque alegaron que era imposible actuar; así se pudo sostener por el quijotismo de las masas amenazadas constantemente por los famosos cobracuotas y por la leyenda creada por una prensa que no se adelantaba en sus organizaciones; pero cuando el régimen de libertad

les concedió autorización para desenvolverse, entonces ellos mismos crearon la ilegalidad, porque de otra forma tenían que desenvolverse a la luz del día, cosa imposible para quienes no tenían una base sólida de organización creada para la actuación doctrinal que antes habían propagado.

Porque combatían la teoría del Estado lanzaron sus representantes a la lucha contra la República; no fué la batalla preparada previamente contra el capitalismo, sino el suicidio colectivo de las organizaciones sindicalistas; se fomentó el odio de unos obreros contra otros por medio de la calumnia y de la envidia, pequeñeces que sólo servían para afianzar el régimen capitalista mientras aquellos que les seguían se estrellaban sin fin práctico contra la máquina represiva del Estado burgués, conduciendo el desaliento al ver que no era posible lo que tan fácil había sido pintado por sus directores.

Labor de destrucción de aquello que tanto había costado agrupar. A las organizaciones campesinas se les hablaba no de revolución en el sentido estricto que la palabra tiene, sino que se acuciaba su instinto propagando el cambio de propiedad privada, la mutación de personajes en la vida del país, teorías que hicieron pensar muchas veces en la identidad de pensamiento con los que al ver que sus privilegios se mermaban actuaban en la sombra en contra de la democracia y del régimen que se había dado España en uso de su soberanía.

Momentos de indignación eran para nosotros, porque veíamos que cuando la clase trabajadora necesitaba más de la unión estrecha para hacer evolucionar la sociedad capitalista, unos hombres propagaban calumnias contra los socialistas en los mismos términos que pudiera hacerlo cualquier elemento monárquico venido a menos; pero lo que no podíamos creer es que movilizaran las masas obreras para crear una situación difícil que hiciera posible el camino de una reacción de los elementos desplazados de la política española.

Porque coincidían, seguramente sin pensarlo, con la burguesía al aconsejar a sus asociados la lucha contra el Poder constituido en una actuación de poder a poder; y, desgraciadamente, la fuerza estaba en el Estado que querían destruir, y ésta creaba después un escepticismo en la masa que seguramente sería difícil desterrar cuando se les llamara a las filas de la organización.

La lucha política era en estos momentos la que debía ser aconsejada, puesto que con la responsabilidad de los actos, con un plan estudiado de reformas inmediatas planteado en los organismos oficiales, el capitalismo



A LAS MUJERES PROLETARIAS DE BAILÉN

La Federación Local de Sociedades Obreras, siempre atenta a todo movimiento de los enemigos de la clase trabajadora, ve con disgusto los manejos y trabajos de zapa que unas señoras, desocupadas de otros menesteres más propios de su sexo y amor a la Humanidad, la campaña a que so pretexto de defender a la religión (que nadie atropella ni persigue), vienen tejendo la tela de araña casa por casa en este pueblo, ofreciendo cosas que no cumplirán y cuyos manejos deben ponerse al descubierto a las mujeres proletarias, para que no caigan en las redes de esta gente monárquica y clerical.

Estas señoras, cuyo monarquismo y clericalismo raya en el fanatismo, que jamás supieron de los dolores y miserias de esta vida, pretenden mostrarse caritativas y generosas con vosotros, obreras de Bailén (y decimos pretendientes porque jamás fueron generosas y caritativas, aunque lo aparentaron); pero esto es con su cuenta y razón.

Estas señoras tan cristianas, que ahora adoran sus pechos con crucifijos con la imagen del redentor, haciendo un escarnio por alarde, impropio e inconveniente a las sanas doctrinas del crucificado en el Gólgota, mintiendo un amor al prójimo que jamás sintieron, pretenden aprovecharse de vuestra incultura y mala situación, para captarse vuestra voluntad y ser dueñas de vuestra conciencia, para que así sigáis siendo la eterna paria explotada, sufriendo las amarguras y el hambre de vuestro hogar, en el que falta casi siempre lo indispensable, y sigáis trayendo nuevos seres a la vida, para que los esclavos del capital no se terminen nunca, y ellas y ellos, los señoritos y señoritas del mundo, sigan disfrutando de todos los placeres y comodidades; para que toda la miel de la colmena social que nosotros, en nuestro papel de abejas, les fabricamos con

nuestro trabajo mal pagado, se la coman ellos cómodamente, sin prestar a la Humanidad nada que sea útil; para seguir estos parásitos de la sociedad dispilfarrando, en caprichos y placeres refinados, el oro que los trabajadores con su sudor y su sangre les amontonaron en sus arcas, sin pensar que esto representa trabajo acumulado y no pagado a los trabajadores.

Vosotros, compañeras de infortunio, cuando estas señoras os vengán mintiendo un cariño que no sienten por vosotros; cuando os ofrezcan favores que cobrarán después bien caros, decidles que nada necesitáis de ellas; que si piensan que no sabéis o que habéis olvidado que por su causa, desde hace muchos siglos, sólo habéis sufrido hambre y miseria; que ellos les han negado a vuestros hijos la instrucción y la libertad; que por ellos y por su raza, vuestros hijos fueron enviados a la guerra a ser pasto de la metralla y carne de cañón para defender una patria que sólo es vuestra, y mientras los hijos fermaban en los campos de Cuba y África, los de ellos se quedaban en sus casas y se divertían en bailes y orgías, sin que les importase nada la patria.

Decidles vosotras, mártires del hogar proletario, que si las sanas doctrinas de aquel crucificado disponen que el trabajo, las privaciones, las fatigas y las miserias a que te condenaron los parásitos que nada producen sean sólo para tí; y además decidles también si es justo y humano que todas las penas de esta vida sean para tí, mujer proletaria; si es que tú sola tienes el deber de que se desgarran tus entrañas de dolor al ver cómo tu hijo, en caso de guerra, es el obligado a defender el honor de esa patria que ellos sólo disfrutaban, y que te lo arrancan de tus brazos sano y bueno, en lo mejor de su vida, para devolvértelo, si no es pasto

de la metralla o las enfermedades de la guerra, hecho una pútrifa humana, que más que sostén y ayuda en tu vejez sea un dolor y una carga más en tu hogar miserable.

Acuérdate, compañera de infortunio, tú que con tus buenos sentimientos y sano corazón llegas al colmo del sacrificio, a amamantar con la savia de tus pechos los hijos de tus explotadores y dejas morir al hijo de tus entrañas, porque el señorito, en su orgullo de despota, llega a prohibirte que le amantes a la vez que el suyo, por unas miserables pesetas, a cambio de tu sangre y a costa de tus sentimientos más íntimos.

¡Oh, desgraciada compañera! No hagas caso a estas sirenas que cantan a tu oído mintiéndote un amor a la Humanidad que no sienten; no olvides nunca que son el mismo lobo con piel de oveja que, amparándose en un falso cristianismo que jamás sintieron, siempre hicieron ostentación de una caridad que humilla al que la recibe, y haciéndose con mentiras y malas artes dueños de tu vo-

luntad y de tu vida, perpetuaron la desigualdad existente, estableciendo castas y fronteras, para que tú, con la ignorancia a que te condenaron, no te dieras cuenta de tanta injusticia del mundo, mientras ellos se erigían dueños y señores de la tierra, que debe ser para todos. No olvides que de cuantos males padeces son ellos los causantes.

Lo menos que tienes que hacer, mujer proletaria, cuando estas señoras te visiten, ya que no echárs a la calle, que es lo que se merecen (pues ellas no vacilarían en hacerlo de la suya), es decirles que si ahora se acuerdan de vosotras para que les apoyéis con vuestra inconsciencia en sus pretensiones absurdas, para que les sirváis de pedestal sobre el que ellas y todos los zánganos de esta sociedad se apoyen cómodamente, y, en cambio, con una dureza de corazón inhumana, niegan el pan y la cultura a vuestros hijos.

JUAN SORIA ALMANSA

Bailén.

Para los propietarios de la provincia de Badajoz

Llevamos dos años que, por esta época, el periódico *La Libertad*, de Badajoz, no se preocupa más que del robo de la bellota, como si en el campo no hubiera más riqueza que esa, y usan las palabras groseras de «roban las bellotas los obreros». ¿En qué centro docente se han educado esos señores que con tanta frecuencia usan esa frase tan estúpida de «roban las bellotas»? Se conoce que el vicio que han tenido siempre se les ha quedado grabado en la memoria para ahora hacer bandera de que les roban los obreros, como si eso de ir por bellotas fuera una novedad; siendo eso más viejo que todos los caciques de Extremadura.

Además, eso no es más que el fruto de la educación que habéis dado a los obreros durante todo el período tan largo de la monarquía, porque siempre habéis amparado a esa gente maleante y mal educada por vosotros mismos para que os sirviera de arma de defensa de esa política sucia e indecente que hacíais en los momentos electorales.

Pues yo puedo demostrarles a esos propietarios que se quejan del robo de bellota que en una ocasión en que presentaban en Don Benito a un señor para diputado, sus patrocinadores decían al público: «D. Luis será vuestro protector; si matáis o robáis, él os defenderá». Pues si les enseñabais a matar y a robar, ¿por qué os quejáis ahora de que os roban las bellotas? ¿Por qué en vez de dar esos consejos no les enseñabais a respetar la propiedad y vosotros aprendíais a respetar las conciencias? Porque de esa forma era como hacíais política para llevar las riendas del Poder y robar a la nación desde el Gobierno, las Diputaciones y los Ayuntamientos.

¿Podréis hablar de robo los que robabais en las universidades y las academias los puestos a hombres con más méritos por su inteligencia que vosotros y por el hecho de las pesetas os llevabais esos títulos inmerecidos? ¿Podréis vosotros hablar de robo cuando constantemente habéis estado robando la conciencia a los trabajadores para tenerlos siempre bajo vuestro dominio? ¿Podréis hablar de robo cuando habéis jugado hasta con la honra de las hijas de los humildes, sometiendo al hambre a toda su familia para que tuvieran que entregarse a vuestros torpes deseos? Pues ya veis cómo el robo bellotas no es delito, comparado con los robos que os he citado y muchos más de que pudierais hacer mención, porque los obreros, si roban bellotas es por llevar a su familia el pan que vosotros los negáis por el solo delito de haber traído la República; en cambio, vosotros habéis robado por el vicio de disfrutar de la holganza y de la corrupción, sin ocupar jamás de dar ninguna utilidad al pueblo.

Pero ahora viene la República para acabar con toda esa podredumbre y sanear el campo político, que tan corrompido estaba; y si bien no puede corregir totalmente a esos mal educados por vosotros, por lo menos ha de tratar de a los que vaya educando educarlos con una honradez y una democracia que vosotros no habéis conocido; y ése es el veneno que guardáis para la clase trabajadora, porque ya no podréis seguir usando esos ruines procedimientos que hasta aquí habéis usado; la República tiene que defender a quien la defensa.

Por lo tanto, yo aconsejo a los propietarios de Badajoz que se amolden más a las circunstancias de los tiempos, y será mejor para vosotros, pues los trabajadores no están dispuestos a dejar morir de hambre a la familia por vuestro mal proceder. Yo os aconsejo que deis trabajo a los obreros, por bien de todos, que es lo menos que puede pedir el hombre trabajador, y así se terminará el robo de bellotas.

Hecha toda esta clase de consideraciones, y cuando daba por terminadas estas cuartillas, leo en *La Libertad* del día 9 de noviembre el discurso del Sr. Maura (D. Miguel) en Huelva, y no sé si con la indignación que me causaron sus palabras, tan faltas de fundamento, podré demostrarle que

son falsedades y mentiras todo cuanto ha dicho.

Dice el Sr. Maura que en el momento de venir la República, desde el banco azul hasta el último alcalde socialista o republicano de izquierda empezaron a perseguir a todos los católicos; y yo digo al Sr. Maura que un hombre de tal educación como la suya no debe mentir tan descaradamente ante un público. ¿Puede decir el Sr. Maura en qué sitio donde haya un alcalde socialista ha sido asesinado en la calle algún católico por los socialistas? ¿En qué pueblo donde haya un alcalde socialista se les niega el trabajo a los obreros de filiación católica, como lo hacen en los pueblos donde hay todavía de alcaldes viejos caciques que persiguen a los socialistas, condenándolos al hambre? Pues ha de saber el Sr. Maura que los socialistas saben guardar más respeto a todas las personas que el Sr. Maura y todos sus secuaces supieron guardar para los socialistas.

Dice el Sr. Maura que el Gobierno persigue a la religión. Eso es una calumnia, porque si el Gobierno de la República persiguiera como el de la monarquía, a estas horas estaría el Sr. Maura metido en la cárcel, porque yo entiendo que se podrá hacer política en la calle; pero lo que no se debe consentir es que se insulte a los gobernantes, falseando la verdad para confundir a la opinión, porque los Gobiernos de la monarquía nunca concedieron esa libertad.

Dice también el Sr. Maura que condena al Gobierno porque no se interesa en guardar el orden y hacer respetar su autoridad. Yo también culpo al Gobierno por la benevolencia que guarda con todos los elementos de derecha que se empeñan en que no haya tranquilidad en España, haciendo cumplir las leyes, como dice el Sr. Maura, a todo el que trata de boicotear a la República.

¿Cómo hablará el Sr. Maura de que el Gobierno haga respetar las leyes a los de la izquierda, siendo los de la derecha los primeros en burlarlas? Estas palabras parecen una paradoja del Sr. Maura.

De forma que por mucho que se esfuerce el Sr. Maura en la tribuna, de nada le servirá. Al pueblo ya no se le puede hacer comulgar con ruedas de molino. Este Gobierno, al que califica el Sr. Maura de poco respetuoso y que va perdiendo la autoridad, es todo lo contrario: cuanto más ataques vayan contra el Gobierno, más firme son sus posiciones. Y, por último, le digo al Sr. Maura que jamás hubo un Gobierno durante la monarquía con mayor prestigio, más seriedad y más garantías que el Gobierno de la República.

José CALDERÓN

Juntas directivas

MOMBELTRAN (AVILA)

Con fecha 2 de noviembre fué renovada la Directiva de la Asociación de Profesiones y Oficios Varios La Mombeltrana, quedando constituida de la forma siguiente:

Presidente, Antonio Miranda de Lasa; vicepresidente, Blas Troitiano Pérez; tesorero, Francisco Hernández Miranda; vocales: Eusebio González del Río, Eugenio Granero Cuesta, Modesto Martín Muñoz, Emilio Navarro Vegas y Marcelo Hernández.

ALCONCHEL DE LA SIERRA (CUENCA)

En junta general celebrada el día 4 del pasado noviembre se reformó la Junta directiva de la Sociedad Obrera Socialista, quedando constituida de la forma siguiente:

Presidente, Máximo Martínez Herráiz; vicepresidente, Marciano Collado; secretario, Félix González Herráiz; vicesecretario, Sócrates Martínez; tesorero, Maximiliano Gabaldón Ramírez; contador, Antonio Herrera Ruiz; vocales: Juan Francisco Carrizo Piqueras, Bernardo Torres Collado y Augusto Ruiz Angulo.

PARO Y HAMBRE

Campeño: Después de un rudo trabajo de verano, en el cual has llenado los graneros de tu verdugo, has tenido el malestar de los azotes de los rayos solares, que, implacables, cayeron sobre tu cuerpo, y como si esto fuera poco, has tenido día y noche ante ti el fantasma del hambre, que es la sanmiguelada.

Yo aseguro que en el campo, cuando los explotadores de los parias quieren, hay trabajo para todos los obreros, pues en este pueblo hay olivares a los que no se les ha hecho ni los pies ni ninguno de los trabajos que requieren, y donde se necesitan diez yuntas de mulos para arar dejan diez, y hay raso. Y con todo esto se podría amoninar el paro. Y lo mismo que ocurre en este pueblo pasará en los demás pueblos agrícolas.

El alcalde, que es socialista, se queja a la primera autoridad de la provincia, y lo único que hace esta autoridad es mandar a unos señores ingenieros agrónomos para que inspeccionen los predios denunciados. Y como la mayoría de estos señores son burgueses, dicho está que con el informe adverso al alcalde socialista o a la Comisión de Policía rural engañan al gobernador.

Y yo digo: ¿No podría esta primera autoridad nombrar peritos prácticos? De esta manera, obrando en justicia, se emplearían más obreros en las faenas de la sanmiguelada, sin perjuicios para la burguesía ni para la producción. Al contrario, si las faenas se hacen a su tiempo, la producción sería mayor, y con esto se habrían resuelto todos los problemas importantes, que son: la riqueza nacional, el paro obrero del campo y la garantía nacional.

Digo la garantía nacional porque

el obrero del campo es el que más garantiza la vida nacional resolviéndose el paro agrícola; pero si no se resuelve éste llegará el día en que estos obreros, muertos de hambre y de miseria, se declararán rebeldes ante sus opresores y explotadores, y serán temibles, porque el odio que hoy hay engendrado en los pueblos entre explotadores y explotados es grande, como nunca se ha conocido, pues los obreros saben muy bien que los responsables del hambre y miseria que en ellos reinan son los burgueses. Y como casi todos son monárquicos, quieren con estos manejos criminales desprestigiar a la República ante los ojos de los obreros, porque no comprenden que el pueblo trabajador no estará contento con esta República, porque no es la suya, pero que es el principio de una nueva era de bienestar que hoy no tenemos, pero que paulatinamente vamos alcanzando, y que cada día que pasa se acelera su marcha.

Lo único que yo os aconsejo desde las columnas de este excelente semanario que es EL OBRERO DE LA TIERRA, órgano de vuestra Federación y enemigo de las injusticias que cometen con los obreros del campo y en general, es unión y fraternidad, y que por los medios que estén a vuestro alcance os unáis para hacer un bloque sólido y fuerte que pare los ataques de la clase capitalista, que todas sus tentativas de atacar se estrellen en la muralla infranqueable de la fuerza proletaria y que siempre sigamos unidos, para poder gritar estas tres palabras, que son el lema de nuestras aspiraciones: ¡Libertad, igualdad y fraternidad!

José L. BARBARRUSA

Teba.

¡Alerta, trabajadores!

Si, trabajadores, sabedlo bien: la guerra nos acecha y siempre estamos en peligro de ella. Es un arma con la que cuenta el capitalismo para defenderse cuando va a la bancarrota. Y cuando se ve precisado a usarla, os llama a vosotros, a todos los trabajadores, y os lanza a una carnecería humana de la que vosotros sois las víctimas; sois carne de cañón, mientras ellos, los beneficiados, que por el hecho de serlo no van a la guerra, son sólo espectadores desde muchos kilómetros de la línea de fuego, y por eso sienten la necesidad de la guerra.

Si tuvieran que ir ellos a las trincheras para que supieran el valor que tienen los millones amasados con sangre humana, tal vez no intentasen promover una guerra tan fácil. Porque ellos los promotores, beneficiados y todo el que sienta correr por sus venas sangre imperialista son los primeros que debían ir a la guerra. Esa prueba sería lo suficiente para que reinara la paz.

Pero se sueña con una fantástica destrucción de ciudades, de masas humanas y de todo lo que, a su juicio, les estorba, y como arma de destrucción cuentan con vosotros, obreros. Os tienen siempre a mano para lanzaros contra los trabajadores de otros países, en lucha fratricida. Como si tuvieran en sus manos esas masas, esas masas de obreros que deben levantarse al primer indicio de peligro y hacer saber que para ellos no existen fronteras, que no son más que diques impuestos por el capitalismo; que todos somos hermanos. Para los trabajadores no hay extranjeros; pero el capitalismo se hace el sordo y no quiere oír las manifestaciones de los obreros en pro de la paz.

Lleve cuidado el capitalismo al promover otra guerra. El proletariado está ya materialmente harto de tanta maniobra, y puede crear conflictos en que el capital no sea el más beneficiado.

Piensen los capitalistas en las graves consecuencias que produce la guerra sorda que se mantiene en las fronteras. El libre cambio de productos es la única solución. Hay mucha hambre, óiganlo bien los interesados: ¡hambre!, y los capitalistas no saben

lo que es «eso» nada más que en un grado mínimo de expectación.

Yo les ruego que lo piensen bien, que aún es tiempo para que puedan hacer algo; pero algo grande que traiga el bien para todos.

Menos presupuesto de guerra; más atención a la economía; libre cambio de productos, y habrá trabajo para todos, habrá pan, el hambre no existirá y la paz y el bienestar se extenderán por todas partes; se producirá más, se consumirá más, y el contribuyente, al que hoy se le agobia y no puede pagar, podrá contribuir mejor porque el presupuesto será menor y los beneficios serán mayores.

Como el tema es largo, lo dejaremos para otra ocasión, porque no quiero terminar sin dirigirme a mis queridos compañeros los trabajadores de la tierra. A vosotros, campesinos, la clase menos considerada, de la que peor concepto se tiene, por su incultura, porque siempre os tuvieron «por nada»; no os merecías nada, ni escuelas, y que aún os echan encima vuestra incultura; a vosotros me dirijo y os digo si sabéis lo que es una guerra, para que, aunque se os tenga por incultos, quiero que sepáis dar fe de vuestro amor, de vuestro amor puro y noble por vuestro terruño, que es vuestro único sostén, que sepáis defender la tierra a la que arrancáis el pan, nuestro alimento más codiciado, y vosotros sois los que mejor que nadie debéis saber lo que es una guerra; muchos no lo sabéis nada más que de haberlo oído alguna vez y lo sabéis muy confusamente.

Guerra significa hambre, destrucción, miseria, el caos, y vosotros, que tanto amáis la tierra, si algún día os llaman a la guerra, debéis saber que vais a destruir tierras, hogares campesinos y a sembrar la miseria. En Francia hay miles de hectáreas de terreno que la guerra europea dejó incultivables; fijos bien: incultivables, y vuestros terruños, vuestro sostén, sufrirán la misma suerte.

Pensadlo bien, recapacitad bien, y después, plenamente convencidos, gritemos todos: ¡Viva la paz universal!

José CANTOS ABELLAN

Almansa.

DE AYER A HOY

Triste, muy triste es pensar en el ayer de nuestros queridos padres, que ellos y todas nuestras anteriores generaciones fueron víctimas de un feudalismo salvaje, sin conciencia ni amor a sus semejantes. Su proceder era el de las fieras hambrientas; trataban a los hombres peor que a las bestias, porque les hacían trabajar de luz a luz y parte de la noche, dando un miserable jornal, o a cambio de alguna vianda o fiambre, todo en malas condiciones, que ni siquiera de pan podían satisfacer sus estómagos.

Trabajaban sacando fuerzas de flaqueza, sin que pudieran parar a descansar unos minutos, porque tenían delante al amo a o un encargado, o, mejor dicho, a un verdugo, con un látigo en la mano, que los arreaba como a bestias. Todo esto en cumplimiento del mandato del cacique, y al

que protestaba de estas injusticias le despedían del trabajo o le encarcelaban, porque los jueces y alcaldes estaban al servicio de la burguesía. Entonces, compañeros, era muy triste su situación, porque quedaban sus hijos sin pan y sin amparo; así es que, por este estado de cosas, tenían los hombres que sufrir todas estas humillaciones.

Hoy ya es otra cosa. Si, compañeros de la tierra, ¿sabéis por qué sufrían tanto vuestros desgraciados compañeros? Por su incultura, por su desunión; pero, a fuerza de privaciones y miserias, comprendieron el imprescindible deber de asociarse en la organización, de instruirse moral y socialmente.

Nació el Socialismo, y nuestro inolvidable y querido Pablo Iglesias, aquel mártir y redentor, difundió la

santa doctrina; la difundió con su ejemplo, con su abnegación, y desde entonces los trabajadores tomaron un gran cariño a la organización, ingresando unos en la Unión General de Trabajadores y otros en el Partido Socialista.

Grande, muy grande es hoy la fuerza obrera, y la prueba de ello es que en el año 1931 se verificaron unas elecciones con las que se extirpó de España para siempre la monarquía, y con ella el Gobierno de la dictadura y la tan arraigada orden de los jesuitas, que durante tantos siglos fueron dueños de vidas y haciendas.

¿Veis, compañeros? Todo esto lo ha conseguido la organización. Así, pues, todos unidos ayudemos al Gobierno para que acabe de realizar su labor, ya que nadie ignora la labor que realiza con sus importantes decretos para beneficiar a todos los que trabajan y reducir a la impotencia a los que tantos siglos nos humillaron.

¡Adelante, trabajadores de todo el mundo, que ya principia a brillar en el horizonte la luz de la cultura, de la justicia y de la libertad de conciencia!

Ahora, compañeros, sólo me queda haceros una advertencia, y es que desde hoy mismo invitéis a vuestras madres, a vuestras hermanas, a vuestras esposas a ingresar en las Asociaciones y a que se instruyan moral y socialmente, y en las próximas elecciones, haciendo uso del derecho que les concede la ley, que depositen en las urnas su voto, para, en unión de todos los trabajadores, sacar una mayoría que haga posible un Gobierno puramente socialista, ya que nuestros camaradas son los únicos que pesen y miden en justicia, y una vez realizado esto podremos gritar: ¡Viva el Socialismo!

SEGISMUNDO AGUADO
Bailén (Jaén).

Obreros del campo

Es más la voluntad que tengo para escribir estos renglones que conocimientos tengo para hacerlo, porque nosotros carecemos de lo principal, que es de la instrucción, porque cuando hemos tenido la edad de estudiar nuestros padres no han tenido para darnos de comer y hemos tenido que dejar de ir a la escuela para ir a ganar el sustento de nuestra vida.

Pero no por eso, trabajadores, vamos a dejar que nos exploten más de lo que hasta aquí nos han explotado; es necesario que nosotros nos demos cuenta de que el nudo de nuestras trabas tiene que ser soldado por nosotros mismos, con nuestros estudios sociales.

Yo me lamento, con toda mi energía, de que los trabajadores carezcamos de la ilustración que necesita-

mos para dar al traste con el régimen capitalista, que tantas injusticias ha cometido; pero con nuestra fuerza de voluntad podremos llegar a ver el día solemne que los trabajadores esperamos con tanto deseo.

Mas para eso, trabajadores, es necesario que nosotros salgamos de todo sitio porrompido; es necesario que ese tiempo que invertimos en el café y en las calles politiquando y diciendo calumnias lo dediquemos a leer los libros que los grandes pensadores dejaron escritos, para que su semilla no se pierda nunca.

¡Trabajadores! No os desaniméis. Fuertes en la lucha y el triunfo será nuestro.

FRANCISCO ESCALANTE GARCIA,
de la Juventud Socialista.
Teba (Málaga).



Intensificación del cultivo

Para ciertos espíritus retardatarios, que ven muy natural cómo nuestra agricultura puede subsistir encastillada en las prácticas rutinarias de un cultivo antieconómico y el menor atisbo de técnica agrícola, aún controlada por la experiencia, lo achacan a quimera inútil o facundia de teorizantes, para esos temperamentos misonéistas, repito, poco o nada puede conseguirse en orden a la intensificación del cultivo. Por el contrario, para quien sienta íntimamente el verdadero concepto económico de la producción y crea en el deber de la función social de la riqueza rústica, tendrá que declarar noblemente que, en las relaciones naturales del hombre con la tierra, quedan todavía muchos valores sin movilizar, muchos cerebros dormidos y no pocos brazos sometidos injustamente al paro forzoso.

Si proclamamos como algo definitivo e inmutable el sistema de cultivo practicado en estas tierras, tendríamos que aceptar la impotencia de cualquier intento fecundo, ante el problema abrumador del paro obrero; pero si acertamos a ser consecuentes con la realidad y nos remontamos al verdadero plano de las posibilidades del trabajo rural, no hay duda que la solución de tan pavoroso problema la veremos, bien pronto, dibujada con fuertes rasgos de viabilidad satisfactoria.

Pero es el caso que no alcanzamos a comprender cómo la intensificación del cultivo puede hacerse de manera fragmentaria. Para nosotros, no es posible dicha intensificación si no interviene armónicamente y en sus más variadas manifestaciones los distintos factores de la producción agrícola. ¿Qué medio encontraremos para hacer agradable y humana la vida en el campo, sin la vivienda cómoda e higiénica? ¿Cómo intentar la mayor perfección de las labores preparatorias y de cultivo sin disponer previamente de edificaciones adecuadas para el ganado de labor? ¿Por qué no pensar en la construcción de graneros capaces de almacenar la cosecha de cada finca, lo que reportaría grandes ventajas al agricultor? ¿Cómo no buscar la mayor rentabilidad del ganado construyendo albergues invernales y abrevaderos situados convenientemente?

Triste es decirlo, pero nada más

cierto que gran parte de las fincas de la región extremeña no pueden llevarse a una explotación racional porque ellas carecen de caminos, de viviendas, de almacenes, de charcas, de tinajos, de cuadras, de albergues; es decir, de estos medios indispensables que posibilitarían la tan deseada intensificación del cultivo. ¿Y todavía hay quien duda que se puedan emplear brazos?

Por otra parte, verdaderamente, el monocultivo es un sistema alejado de la racionalización del trabajo agrícola; pero no es menos cierto, también, que la producción cerealista de la región, en el estado actual de las prácticas agrícolas, puede y debe mejorarse intensificando el cultivo. Dejando a un lado, por ahora, los asolamientos que algún día pudieran intentarse, así como otras mejoras del cultivo que poco a poco se irán haciendo necesarias, y limitando nuestra atención tan sólo a las labores corrientes del próximo barbecho, no estará de más exponer aquí los resultados económicos de la última cosecha alcanzados por distintos procedimientos.

Según nuestros cálculos, el cultivo del trigo referido a la hacienda por el procedimiento acostumbrado en el país dio un importe de los productos de 470 pesetas; los gastos de cultivo ascendieron a 326 pesetas, resultando el quintal métrico producido a 39,45 pesetas.

Con otro sistema de cultivo, practicado a base de un barbecho más perfecto, con dos labores de verdadera, un pase de desterronador y gradeos de primavera y verano, los productos importaron 780 pesetas; los gastos de cultivo, 426 pesetas, y el quintal métrico se produjo a 29,60 pesetas. Es decir, que con un aumento en los gastos de cultivo, por hacienda, de 100 pesetas, de las que más del 50 por 100 se invirtieron en jornales, conseguimos un aumento en los productos de 310 pesetas, lo que permitió producir el quintal métrico muy cerca de 10 pesetas más barato.

¿Cabe o no la intensificación del cultivo por estas tierras caireñas? La elocuencia de los números es un argumento muy adecuado contra los sofismas, inventados por los eternos detractores del progreso.

LUIS MILLAN IZQUIERDO,
perito agrícola

COSAS VULGARES

Decía cierto cronista en una ocasión que valía más una humorada de Campoamor, o una rima de Bécquer, que a veces una novela de gran volumen. Pues yo, camaradas, pienso y os digo que también un artículo, por vulgar que sea, vale más, si está hecho de corazón, que un artículo hecho por un intelectual, cuando éste es ficticio.

Guiado de este pensamiento, es por lo que cojo la pluma para dirigiros la palabra desde nuestro semanario EL OBRERO DE LA TIERRA, por ver si consigo despertar en vosotros ese espíritu de lucha de clase que todo hombre consciente y todo proletario debe tener, si quiere ser respetado por sus explotadores, y algún día sacudir el yugo con que están esclavizados (por falta de estar organizados). ¿Por qué os alejáis de la Sociedad, sabiendo que estando unidos podemos alcanzar nuestras aspiraciones? ¿Por qué ese desdén y esa indiferencia? ¿No sabéis que la unión es fuerza? ¿O es que por ventura, camaradas de Frómista, estáis en mejor situación económica que los demás campesinos del agro español? No. Vuestra situación, material y moralmente, está semejante que la del resto de los pueblos: perseguida y ultrajada por la burguesía dañina.

Vosotros sabéis, como yo, que apenas ha terminado la recolección del verano y de la vendimia, y ya andamos una cuarentena de parados, en plena juventud, sin tener dónde ocupar nuestros brazos, a pesar de haber leyes para laboreo forzoso. Ahora, vosotros diréis: «¿Y por qué no se hacen cumplir las leyes?» Bien sencillo: porque vosotros no queréis. Porque no hacéis caso más que al señorito; porque no hacéis caso más que de ir a la cantina a embrutecer y a gastar el jornal que algún día ganáis, y no sois capaces de coger un periódico ni leer un libro, y sois luego los primeros en decir: «El Gobierno no hace nada! No hace más que embolsarse el dinero!» Estas son

las palabras que a menudo repetís, y no pensáis que no es verdad, que el Gobierno, como decía anteriormente, legisla leyes que nos favorecen, material y moralmente; pero que él no es culpable que no se cumplan las leyes que legisla, porque no puede estar en todas partes; pero vosotros me diréis: «¿Y no las pueden hacer cumplir las autoridades locales?» No. Porque en los pueblos la autoridad suele ser la misma que antes. Así que no echéis la culpa al Gobierno, porque la tenemos nosotros, por no estar organizados para hacer cumplir nuestros derechos de explotado y de ciudadano. Y siendo así, ¿por qué no uniros, sabiendo que es para bien común? Pero antes de trazar esta pregunta en mi mente ya tengo la respuesta: no vas a la Sociedad porque tu amo te amenaza con no darte trabajo, y porque te dice que lo que das de tus cuotas es para cuatro de ellos, que en viajes y comidas se lo gastan. ¿O es que no vas porque te pintan el Socialismo como una caverna maldita, donde se comen los hombres crudos? No. Hagáis caso de estas falsedades que os dicen, porque ven que si os organizáis existe un peligro para ellos; decidles que a la Sociedad de Obreros de la Tierra pueden pertenecer todos los camaradas que lo deseen, por distinta que sea su ideología; que no es una Sociedad Socialista (por desgracia), sino que es una Sociedad de sociarios, donde cada uno puede exponer sus pensamientos, con la seguridad de que será respetado. Y, por último, que si sus directivos son honrados en la marcha de su Sociedad, los directores de la obra no les van en zaga, porque después de tanto como dicen, no creemos que sus afiliados fueran tan ilusos para confiarles el cargo que desempeñan.

¡Camaradas de Frómista! ¡Hagamos un pueblo culto! ¡Demos un paso hacia la libertad, porque con ella habremos dado un paso a la justicia!

VENANCIO FRAILE
Frómista.

Conducta conocida

Es Torreagüera un pueblo de rancio abolengo republicano, republicano ostentado y propagado por los diferentes centros republicanos existentes en esta localidad, los cuales dicen que las reivindicaciones de los trabajadores también se obtienen en dichos centros, sin necesidad de pertenecer a las organizaciones obreras profesionales que a cada obrero le corresponden.

En medio de este rancio abolengo se constituyó en esta localidad, en octubre de 1931, la Sociedad de Embaladores de Frutas y Similares. Esta Sociedad elaboró un contrato de trabajo. Los trabajadores, al darse cuenta de esta iniciación, preguntaron a los centros republicanos que cada cual pertenecía: «¿Cómo pudiendo nosotros reivindicarnos dentro de esta Sociedad jamás sus directores pensaron, durante tantos meses constituida, en una iniciación que nos reivindicara lo más mínimo?»

Esta pregunta no podía tener contestación, porque al tenerla tenían que haber dicho: «Nosotros no podemos hacer igual que hace la Sociedad de Embaladores de Frutas y Similares, porque aquella solamente representa a los trabajadores, y por eso está dedicada solamente a sus reivindicaciones, y nosotros no solamente no os representamos, sino que somos organizaciones compuestas por capitalistas, y por eso somos un instrumento del capital.»

Y como esta pregunta no tuvo contestación, los trabajadores corrieron a incorporarse allí donde estaban sus compañeros labrando un poco de bienestar para que nuestra vida sea algo compatible con la evolución del mundo.

Una vez los trabajadores emancipados dentro de nuestra organización, decidimos comunicarle a la patronal nuestro deseo de que firmaran el contrato de trabajo que nuestra organización les presentaba. Cumplido el plazo de cuarenta y ocho horas que se les dio para que lo firmaran, nos reunimos en asamblea general, a la cual asistieron todos los trabajadores

de esta localidad pertenecientes al empaque de naranja. Al empezar la asamblea, solamente habían dado la conformidad dos patronos; pero tan potente es una organización obrera profesional solidamente constituida, que es la pesadilla del capital, y éste, al darse cuenta de que era todo un pueblo el que formulaba aquellas peticiones justicieras, aún no había transcurrido deliberando la asamblea cinco minutos cuando fué presentada a la Mesa presidencial la conformidad de todos los patronos. Nuestra organización se hizo tan potente que solamente quedaron sin pertenecer a ella los lacayos del capital.

Fué entonces tan grande la decadencia de los centros republicanos, que tuvieron que recurrir hasta a las cosas más absurdas para no perecer. El radical-socialista lo disfrazaron de agrario, que, en parte, hace honor a su título comparándose con los de Navarra; todo esto para buscar también nuestra desmoralización, ya que tan solidamente estamos constituidos.

Por otra parte, empezó a actuar el Centro Federal, y fué a buscar sus actores en la Confederación Nacional del Trabajo, y ésta, muy amablemente, les ofreció todo cuanto los federales pidieron. Constituyeron una Sociedad que lleva por título Sindicato Único, y que es una cosa inexistente. ¡Esta es la Confederación Nacional del Trabajo! La organización de los anarcosindicalistas. Los que no admiten la política de ninguna clase. Los que tanto han censurado y censuran injustamente a nuestra Unión General de Trabajadores y al Partido Socialista. Y éstos son los que se han prestado como actores para poder presentar la farsa, los que llevan por remoque el nombre de federales; pero que del 14 de abril para atrás solamente se les conocía como lacayos del despreciable régimen borbónico desaparecido.

JUAN LAZARO LOPEZ,
secretario de la Sociedad de Embaladores de Frutas y Similares.
Torreagüera.

ACTO CIVIL

PEDRO ABAD (CORDOBA)

Se ha celebrado en este pueblo el enlace matrimonial del compañero Miguel Barragán Martínez con la hija del compañero Cayetano García, Asunción García Martínez.

Fueron acompañados por un gran número de compañeros de la Sociedad Unión General de Trabajadores de la Tierra, muchos simpatizantes y un gran número de simpáticas señoritas, que daban esplendor al acto.

Actuó de juez el camarada Rafael García Cambrero, y de secretario Felipe Estrada. Después de firmada

el acta matrimonial por los testigos, camaradas Antonio Arenas Espinosa, Pedro Gaitán Martínez y Antonio Hernández Zamorano, la comitiva partió para la casa de los familiares por las calles más céntricas del pueblo, yendo engrosando la manifestación, que fué de verdadera simpatía con el acto que se celebraba.

En este pueblo, que tiene fama de extremista, es el segundo acto que se celebra. Y yo les digo a los extremistas que con actos como éste es como se combate a la tradicional y fatídica religión, y no mascando y tragando curas (teóricamente, desde luego), y no llevándose las pesetas para que engorden más.

Nuestros concursos: 2.º premio. Romance del campesino, por Manuel Delgado Fernández

I

Campeño: Por tus ojos
cruzar he visto un relámpago,
sin que las nubes presagien
tempestad en los espacios.
Tu cara, color de tierra,
parece que está llorando.
—No, no lloro;
pienso y callo...

EL OBRERO EN LA POLITICA

El obrero español se ha lanzado abiertamente a la política, campo hasta ahora inexplorado por él, siempre exclusivo de aquellos seres inhumanos que con tanto egoísmo seguían el horrible «mando y orden», que nos proporcionaron aquellos siete años que sufrimos de ignominiosa y despótica dictadura.

El obrero ha llegado a comprender con su fino instinto que está obligado a hacerlo así para desempeñar dignamente el nuevo papel que la gloriosa República le ha asignado en la sociedad.

Los obreros trabajan, se organizan, discurren, y hay que reconocer, en honor a la verdad, que lo hacen bastante bien.

Se van revelando valores positivos y capacidades insospechadas aun por los mismos interesados.

En esta nueva vida de ciudadanía se destacan por su entusiasmo sin límites los obreros socialistas, trabajadores incansables del ideal, que llevan a esta lucha de clases su fe inmaculada en un porvenir mejor, en el engrandecimiento de nuestra patria, empezando por el afianzamiento del régimen, del que aspiran a ser su más firme sostén.

Si no habéis oído a estos héroes del trabajo en sus mítines de propaganda, yo os invito a que lo hagáis. El espíritu menos observador apreciará el fervor que ponen en sus prédicas, en las que el alma, con ingenuidades de niño, se asoma a los labios y hace resaltar a los corazones más fértiles que haya en sus inmediaciones.

Es algo grande este resurgir del obrero, algo que conmueve y consuela al mismo tiempo, pensando que en España aún quedan ideales, porque un pueblo sin ideales es como aquellos hombres sin corazón, y un hombre sin corazón es un hombre que no tiene vida y no puede aspirar a su mejoramiento y prosperidad.

También los obreros de enfrente se han creído en el caso de ponerse en movimiento y se han lanzado a la lucha, aunque empleando distintas armas de combate.

Los obreros paniaguados de las derechas, guiados y aconsejados por expertos tutores, ponen en práctica viejos y anticuados procedimientos. Por ejemplo, las dádivas. En efecto. Aquí, en este pueblo, donde es un poco abundante para la clase obrera, hay dos señores cavendishianos que acostumbran a repartir entre las familias pobres de la localidad un litro de aceite anualmente, repartido en dos épocas del año, con el fin de ganar adeptos a su causa. Es decir, que en esto no han variado nada estos señores desde hace medio siglo. Aún creen que pueden aprovecharse de la situación apurada de una familia para comprar por un litro de aceite sus ideales y sus conciencias, logrando a un tiempo dos cosas: ganar, según ellos, almas para el cielo y votos para las urnas.

¡Poderoso caballero es Don Dinero! Error profundo. El alma del pueblo no se vende a ningún precio. Podrá ocurrir en algún caso que, obligadas por la necesidad, algunas opiniones se vendan; pero no hay que culpar a estos pobres y humildes infelices. Los únicos culpables son aquellos que consideran lo más sagrado en el ser humano la conciencia como cosa cotizable, aprovechando en toda la consecución de sus fines la desgracia ajena.

Es verdaderamente lamentable el concepto que tales gentes tienen de la conciencia de los humildes. La verdadera caridad debe hacerse desinteresadamente, sin exigir nada en cambio, porque entonces, en vez de caridad, sería un mercado.

No han aprendido estos señores que se titulan católicos que Cristo, a quien gallardamente ostentan sobre su seno, practicaba la caridad de un modo muy distinto al de ellos, y arrojó a los mercaderes del templo.

En fin, allá cada cual con sus conciencias. Nosotros seguiremos sin desmayos nuestra campaña de honradez y cultura, procurando elevar el alma del pueblo sobre el nivel de disciplina y cultura, en vez de envilecerla con dádivas egoístas e interesadas.

¡Trabajadores del campo! Vivimos en un país de libertad. Y si por vuestra ignorancia estáis sumisos a esos seres inhumanos, promotores de la fabricación del hambre, y tenéis desunión para con vuestros compañeros, habéis de llevar en cuenta que si hasta ahora han sido el terror de los pueblos, en lo sucesivo habrán de ser el torrente devastador que va a destruir con sus viles podredumbres todos los pueblos de nuestra gloriosa República española.

FÉLIX DUARTE

Villanueva de la Sierra (Cáceres).

Suena tu voz melancólica
como voz de desterrado.
¡Qué contraste tu tristeza
con la mañana de mayo,
tan llena de regocijo
por los campos!
—Yo también estoy contento,
sólo que no lo declaro.
¡Tú contento! No lo digas.
Suena tu voz a desgarrar
de cosas sentimentales,
de penas que nos llamamos
tú, y yo, y todos. Porque es fuerza
vivir, aunque sea de esclavos...
—Eso, no; de esclavos, ¡nunca!
¡Nunca! Aunque lo quiera el amo.
Vibró su voz en los aires
lo mismo que un latigazo,
y se agitaron las brisas,
regocijadas, de mayo.

II

Por dar un beso a una rosa
se ha herido el sol en los labios,
y de no curar la herida
mancha de sangre el ocaso.
La tarde sueña en voz alta
sobre la preñez del campo,
arrodillando canciones
triumfales ante el halago
magnífico de la espiga
—agua, tierra, sol y brazos—.

Por el camino del pueblo,
caballero en su caballo
de raza mora, va un hombre
que lleva escopeta y galgo.
Mucho el campo le interesa,
según repara en el campo.
Y no menos las mujeres,
pues se las queda mirando
con la mirada ríjida
y el cuerpo desvencijado.

La cabalgadura tuerce,
y al arroyo de los álamos
la dirige, donde ha visto
ropas y pañuelos blancos
tendidos al sol, y aunque
tiene esta senda retraso,
no le importa, pues él dice
que la pérdida de un rato
de camino no es tal pérdida
si van los ojos ganando.
Y suele todas las tardes
el arroyo de los álamos
vestirse de buenas mozas
que descuidan sus encantos.

Ante una que ropa tiende,
rayana en los veinte años,
él, que ya cumplió cincuenta,
frena y detiene el caballo.
—¿Sabes dónde anda tu padre?
—Donde usté le haya mandao.
—No recuerdo. Tú le dices
que vaya esta noche un rato
a mi casa... Estás hermosa,
Patrocinio; están cantando
tus carnes las agriales
canciones de los manzanos...
—Calle usté, señor.

—¿Qué quieres!

Mira: tú te estás tostando
mucho al sol, y está mi casa
llena, para tu regalo,
de todo. Tendrás vestidos,
alhajas, flores, descanso
y... cariño. Ya lo sabes.
Mañana, en casa te aguardo.
No dijo más. Picó espuelas
y se alejó a trote largo.
La moza se ha puesto triste;
le están las carnes temblando...
Contrasta con su tristeza
la linda tarde de mayo,
tan llena de regocijo
por los campos.

III

Las canciones campesinas
nacieron siempre con llanto,
por ser penas empapadas
en la hiel de los esclavos.
Con la aurora de las flores
nace la canción del campo;
con la canción campesina
surge el triunfo del trabajo,
por la antorcha deliciosa
de la espiga iluminado.
Los sueños abren los ojos...
¡Se dilatan los espacios!
Dímelo tú, campesino;
dímelo tú, buen hermano:
¿quién descolgó de tu pena
la bella canción?

—Fué mayo...

—¿Quién te afiló la guadaña
para rapar a los prados
la cana melena luenga
de los heno perfumados?
—Fué mayo...

—¿Quién traza al poner la corva
hoz en tu nervuda mano
la noble estampa que miran
los déspotas tiritando?
—Mayo...

—¿Quién te coronó la frente
de lirios, rosas y nardos,
mientras tu boca zugaba
la lujuria de los pámpanos?
—Mayo...
—¿Quién te señaló el sendero
de redención al trabajo
y encendió en constelaciones
de margaritas el campo?
—Mayo...

¡Pues alza activa la frente,
campesino, buen hermano,
y guarda en el alma vivas
las esperanzas de mayo!

Se fué el sol, besó a la tarde
y le ensangrentó los labios.
La tarde se lava en una
fuente de luceros blancos.

Los trabajadores vuelven
lentamente del trabajo;
todos con la misma lengua,
todos con igual cansancio.

—¿De qué vale que afanemos
de sol a sol para el amo,
si él nunca se satisface
más que nos vea reventaos?

—To el suelo le parece poco.
Tendremos que desagrarnos.
—¡Y menos mal si ahí quedaran
sus ansias!

—¡Calla, muchacho!
—¿Por qué ha de callar? Que diga
lo que sepa.

—¿Que es el amo,
y to se sabe, y bien puede
que se arrepienta de hablarlo!

—Si tos sabemos ser hombres
y alguno sabe ser macho,
ni él tendrá que arrepentirse
ni tú recelarte tanto.

¡Muchacho, di lo que sepas,
que ahora soy yo quien te mando!

—Poca cosa. Hará una hora,
sentí el trote del caballo
del señor, desde la huerta.
Me asomé. Cruzó los álamos
hacia el arroyo. A una orilla,
tendiendo ropa, la Patro.
El la habló. Lo que le dijo
no lo sé. Y al poco rato,
él se marchaba contento
y ella se quedó llorando...

—Tío Juan, no lo tome a pecho.

—Tío Juan, no le haga usté caso.

—¡Bueno fuera! El corazón
no está aquí deshabitado.

¡Conque la habló en el arroyo!...

¡Conque se quedó llorando!...

También le pasó a su madre
hará veinticinco años.

El amo la perseguía;
pero no la logró el amo,
porque estaba yo por medio,
¡y yo no soy un esclavo!

Me sitieron por toas partes.
Yo cogí la casa en brazos
y emigré; los tenía fuertes
pa llevar la frente en alto.

Tener a los pobres honra
ya lo sé que cuesta caro;
mas puede a alguno costarle
querer quitárnosla tanto.

—Silencio. Mirad quién viene.

—¡Nuestro verdugo, miradlo!

El bravo caballo moro
viene caracoleando,

como si las mariposas
quisieran cortarle el paso.

Al llegar a los braceros,
se apresta a decir el amo:

—Cuando no estoy yo presente
dejáis el corte temprano,
y esto ya no lo tolero,
que esto es robar el trabajo.

—¡Miente usté!

—¿Quién me replica?

—Quien sabe que miente el amo.

—Tú, Juan, no tienes derecho...

—¡Yo tengo derecho, y hablo!

—Contigo no va.

—No importa.

¿No son éstos mis hermanos
de esclavitud, de tristezas,
de angustias y de trabajos?

¡Pues lo que va contra ellos
va contra mí! Y ahora vamos
a otra cosa. ¿Qué le ha dicho
usté esta tarde a mi Patro,
cuando la habló en el arroyo,
que ella se quedó llorando?

—No recuerdo. Alguna broma.

—Sí, ¿verdad? Bien; por si acaso,
como yo sé que usté tiene
veneno siempre en los labios,
¡juro que, si vuelve a hablarla,
donde lo encuentre lo mato!

Vibró la voz en los aires
lo mismo que un latigazo...

El amo no tuvo réplica;
picó espuelas al caballo,
y, mudo y rojo de ira,
se fué de allí a trote largo.

—¡Bien por Juan!—gritaron todos
en unánime arrebató.

¿Fué el grito inicial que tuvo,
al sonar en los espacios,
ruido de cadenas rotas?...

¿Fué la voz que a los esclavos
trazó un desgarrón de nieblas
en la frente, al despertarlos?...

No lo sé; mas las canciones
de aquella noche de mayo
tuvieron relampagueos
de pechos esperanzados...

¡Campeños españoles,
poned la esperanza en alto!
El signo de la República
dará libertad al campo
para que vosotros, buzos
de la tierra y del espacio,
podáis decir a la patria:
¡Madre, te hemos encontrado!
La noche me manda un beso
por un lucerito blanco.

«¡AQUÍ TODO ANDA BIEN!»

Estas son las palabras que suelen tener los alcaldes y caciques de algunos pueblos cuando el señor gobernador pregunta por las impresiones del pueblo: «¡Aquí todo anda bien!»

A este pueblo hizo una visita el señor gobernador, con motivo de la inauguración de un grupo escolar, invitado por las autoridades locales, y el señor alcalde invitó para dicho acto a una Comisión de la Sociedad patronal y a otra de la Sociedad obrera para recibir al señor gobernador.

Los caciques de este pueblo, después de visitar el grupo escolar, le llevaron a ver la iglesia y una ermita que tiene este pueblo. Indudablemente le llevaron los llamados católicos; pero que son católicos de nombre, que hacen ostentación de una religión que no sienten, porque llevan el crucifijo en el pecho, el diablo en el cuerpo y el odio en el corazón que con todo descaro muestran hacia la clase trabajadora.

No le contaron al señor gobernador que en este pueblo existe un gran número de parados desde antes de la recolección del verano, no porque no haya trabajo en este pueblo, porque siempre ha habido obreros de los pueblos inmediatos; pero en esta recolección, antes de dar trabajo a los obreros asociados, han empleado a los menores de catorce años y a las mujeres, para ver si nos rendían por hambre, y no han conseguido su intento, porque esta Sociedad se encuentra más fuerte y con más energías para combatir al enemigo cacique y burgués.

Algunos nos preguntan si en este pueblo no se ha constituido la Bolsa de Trabajo. Nosotros les decimos que sí, que en este Ayuntamiento hicieron una Bolsa de Trabajo, donde el mismo Municipio incluyó a los obreros que él creyó conveniente o que creyó que debían figurar en la misma; pero más tarde, para llegar a un acuerdo sobre las bases de verano, nombraron una Comisión de obreros y otra de patronos, y he aquí que la Sociedad patronal hizo un censo obrero, donde puso, como es natural, a los que le pareció, y hasta la fecha no sabemos cuál es la válida: si la de la Patronal o la hecha por este Municipio; sólo sabemos que la Patronal se ha regido por el censo hecho por ella en esta recolección pasada y piensa regirse por ella este invierno, si no se lo impiden. Así es que, con esta fórmula, darán trabajo (si es que algo dan) a sus lacayos, a cambio de no perder ninguna procesión ni ninguna misa.

Pero yo pregunto ahora a la autoridad a quien corresponde este asunto: ¿Es que acaso tiene más autoridad el censo obrero hecho por la Patronal que la Bolsa de Trabajo constituida por el Ayuntamiento? Me parece que es justo que intervenga el señor alcalde, o quien le corresponda es asunto, para que haga ser válida la constituida por este Ayuntamiento, o constituir una nueva en debidas condiciones y hacerla respetar tanto a patronos como a obreros.

Esto no puede continuar así, señor alcalde, porque ha de darse cuenta (si es que no se la ha dado) de que vivimos en una República democrática donde hay que respetar las leyes que la República dicta en beneficio de los humildes, y, por último, mientras no vayan las cosas como es debido, no podrá decir: «¡Aquí todo anda bien!», sino que tendrá que decir: «¡Aquí anda todo, señor gobernador, como un servidor quiere y todos los caciques que me acompañan, o como quiere la Patronal.»

Lo que quiere decir, camaradas, que mientras andemos cada cual por una parte no adelantaremos más que aumentar la satisfacción de la burguesía, porque sabe muy bien que mientras andemos así ningún peligro existe para ella y no podremos obtener justicia.

¡Unámonos todos, obreros, para combatir al enemigo! Unión, camaradas de Cubillos, unión; pero sin egoísmo, y a la Sociedad solamente con el entusiasmo de ver triunfante algún día nuestro ideal, y a dar la vida por el bien común si fuera preciso.

¡Viva la Unión General de Trabajadores! ¡Viva el Partido Socialista!

UN SOCIALISTA

Cubillos de Santa Marta (Valladolid.)

El número del teléfono de la

Federación es el

41665

GRÁFICA SOCIALISTA: San Bernardo, 92.